

tar á Sacken, en Slonim; por último, podían sumarse á dichas fuerzas diez mil prusianos y seis mil polacos, que seguían á Macdonald, quince mil franceses, acantonados en Königsberg, y otros diez y ocho mil, que venían de Italia, á las órdenes de Heudelet: en junto, ochenta y cinco mil hombres, capaces de afrontar á los tres ejércitos rusos, cuyo efectivo había descendido también, por razón de las pérdidas sufridas, á cien mil hombres, incluyendo las tropas de Sacken.

Loison envió destacamentos desde Wilna en socorro de sus compatriotas, pero, no estando habituados á luchar con los rigores de tan bajas temperaturas, el frío se cebó en ellos cruelmente, pereciendo ocho ó diez mil hombres y todos los caballos. Los supervivientes del Beresina llegaron á la antigua ciudad de la Lithuania los días ocho y nueve de Diciembre, comenzando acto seguido á saquear los almacenes y vaciar las tabernas, muriendo en gran número, debido á los excesos á que se entregaron. El expresado día, nueve por la tarde, el pánico se apoderó de los fugitivos, por haberse visto á los cosacos de Platoff cerca de Wilna, que era plaza abierta, siendo vanos los esfuerzos que hicieron Ney y Loison para tranquilizarlos. Fué, pues, menester continuar la marcha, á pesar de aquel frío de treinta y seis grados bajo cero, con gran desesperación del eminente Larrey, obligado á separarse de sus heridos. A la salida de los franceses, exasperado el populacho de Wilna, cometió las mayores atrocidades, asesinando cobardemente á los heridos y enfermos, cuyos cadáveres arrojó sobre los de aquellos que habían sido víctimas del frío y los excesos. Cuando los rusos entraron en la población, yacían hacinados cuarenta mil hombres, dando á la ciudad el aspecto de un vasto osario.

Como á una legua de Wilna, el ejército se encontró ante la montaña Punari, cuesta escarpada y de tal modo cubierta de luciente y dura capa de hielo, que ni un solo caballo pudo subirla. Allí quedaron los últimos carruajes de enfermos y heridos, los últimos cañones, las últimas cajas de metralla, los archivos que contenían los documentos más interesantes y el mismo turgón donde se llevaba el tesoro del ejército, cuya cuantía era de diez millones de francos. El día doce dieron vista los miseros soldados á Kovno y repasaron el Niemen, no siéndoles posible descansar en aquella ciudad; porque, helado el río, no era barrera bastante á defenderlos de la audacia de los cosacos. Solamente se detuvieron en ella Ney y Garard, con el encargo de mantenerse durante cuarenta y ocho horas, á fin de proteger la retirada de sus compañeros.

Las tropas fueron presa á poco de un nuevo pánico, y desde este instante se desbandaron por completo, huyendo en pequeños grupos á la ventura: muchos desgraciados encontraron la muerte al pie de otra cuesta que se alza á la salida de Kovno. Ney pudo conservar á su lado quinientos ó seiscientos individuos. Cuando la guardia antigua entró en Königsberg, su contingente no se elevaba de mil quinientos hombres, de los cuales únicamente quinientos podían empuñar las armas. La guardia moderna había desapa-

recido. Napoleón, mientras tanto, corría á París, sin más sentimiento que el que le producía el aguijón del orgullo herido y la sed de venganza que le devoraba.

Se calcula generalmente que atravesaron la frontera de Rusia cuatrocientos veinte mil hombres, á los que se unieron después ciento tres mil; en junto, quinientos treinta y tres mil. De esta enorme masa, no volvieron á cruzar el Niemen, en Diciembre de mil ochocientos doce, sino unos diez y ocho mil, á los cuales hay que agregar los cincuenta y cinco mil que acaudillaban Macdonald, Reynnier y Schwartzemberg. Ahora bien, como quedaron prisioneros de los contrarios unos ciento treinta mil y desde el principio de la campaña desertaron sobre cincuenta mil, puede evaluarse en doscientos cincuenta mil el número de los que sucumbieron en Rusia, bajo el azote de las privaciones, de las enfermedades, de las armas enemigas y de las represalias de los campesinos. De los sobrevivientes, no pocos debieron morir por efecto de los quebrantos sufridos.

Para Napoleón, la pérdida era irreparable. Los ejércitos de los países sometidos ó aliados blanqueaban con sus osamentas las llanuras de Rusia, ó yacían bajo la nieve, ó en el fondo de los ríos. En Italia, en Suiza, en Bélgica, en Holanda, en Europa entera, de sur á norte y de este á oeste, resonó un grito de dolor. El Imperio napoleónico amenazó próxima y total ruina. Con la destrucción de los regimientos polacos se hundía el ensayo de restauración polaca, cuya obra fué el gran ducado de Varsovia. Con la pérdida de los regimientos alemanes, venía á tierra la confederación del Rin, el reino de Westfalia, el sueño de una Germania independiente de Francia. Con el rudo golpe que había recibido su poder militar, Napoleón era impotente para contener la dislocación y caída del sistema político europeo que concibiera. Mal trabadas las partes, sin otro adherente que la fuerza, faltando ésta, el aparatoso edificio había de desplomarse, causando nuevas víctimas y levantando inmensa polvareda. El déspota francés había armado veinte naciones contra Alejandro; el autócrata ruso se apercebía á armar otras tantas contra él. La ola invasora había avanzado, arrollándolo todo, de occidente á oriente, del Sena al Moscowa, y ahora iba á retroceder, más impetuosa todavía, de oriente á occidente, del Niemen hasta el Sena.